

LOS AVILA, UNA FAMILIA DE EMPLAZADOS

Fernando BENITEZ

La juventud se defiende de la manera más profunda como la vida que no ha entrado aún en contacto con la tragedia. Y la flor más hermosa de la juventud es saber la lección antes de la experiencia, cuando está aún imperturbada.

WHITEHEAD

UN DESTINO SOMBRÍO y desagradable pesaba sobre los miembros de la familia Ávila. El primero de ellos que apareció en México fué el capitán Alonso de Ávila, y vino con Hernán Cortés desde la isla de Cuba. Sólo figuró en la expedición de la conquista de México hasta el desastre de la Noche Triste, pero ganó renombre de soldado esforzado a juzgar por el retrato minucioso que de él nos ha dejado Bernal Díaz del Castillo. Tenía en 1519 treinta y tres años, buen cuerpo y alegre rostro. Sus palabras eran claras y expresivas, y mostraba franqueza en su trato con los camaradas, pero al mismo tiempo, como español del siglo XVI, le gustaba mandar y no ser mandado, era bullicioso —amigo de ruidos, aclara Bernal en otra mención que hace del joven capitán—, y descubría un puntillo de envidia. Hernán Cortés, incapaz de sufrir a un hombre de carácter tan semejante al suyo, se deshizo de su peligroso oficial a la primera oportunidad, enviándolo como su procurador a la Isla Española, con el pretexto de que el Tribunal de las Indias resolviera algunos problemas de la recién iniciada conquista.

Alonso de Ávila cumplió eficazmente su misión y regresó con “buenos despachos”¹ a México después de haber caído Tenochtitlán en manos de los españoles. Cortés lo nombró entonces contador de la Colonia —fué el primero de la Nueva España—, le dió la importante encomienda de Cuauhtitlán y, como posiblemente seguía viendo en él a un rival, le confió

la misión de llevar al emperador Carlos V, con el zamorano Quiñones, capitán de su guardia personal, una parte del botín cobrado en México.

Alonso ocupaba una situación muy superior a la de la mayoría de los aventureros enganchados desde el principio hasta el fin de la conquista. Era encomendero próspero, embajador, depositario de un tesoro fantástico —Bernal menciona entre otras joyas “la recámara de oro que solían tener Montezuma y Guatemuz”—, y como si esto fuera poco, Cortés, con su acostumbrada liberalidad, y para dulcificar el despido, le había regalado ciertas barras de oro.

El sino de los Ávila consistía en ocupar elevadas situaciones para hundirse después dramáticamente en el dolor y en la miseria. Quiñones, acompañante de Alonso, fué muerto a cuchilladas en la Isla Tercera a causa de un lío de faldas, por lo que Ávila continuó solo la navegación, sin imaginarse que el destino haría de él la víctima de uno de los episodios más célebres en la historia de la piratería. Ya se advertía en el horizonte el perfil de la costa española cuando la flota de Juan Florín le cayó encima —Hollywood ha desprestigiado lo bastante esta clase de asaltos para que nos tomemos el trabajo de describirlo—, llevándose a Francia con la recámara y las joyas robadas en México. Francisco I, el monarca despojado que en vano pedía que se le mostrara el testamento de Adán en virtud del cual un papa entremetido había osado repartir el mundo entre españoles y portugueses, desheredando a Francia, comprendió que la Providencia le restituía algunas de las riquezas indianas, aunque fuera por el oscuro camino de la piratería, y saboreó la gran reivindicación histórica que le brindaba, en bandeja de plata mexicana, el valor de sus hambrientos corsarios.

Alonso fué dos años prisionero de los franceses, y al regresar a España sin el tesoro de Moctezuma y sin el oro de Cortés, el adelantado Francisco de Montejo lo nombró contador de Yucatán y se fué con él a la remota península, una tierra privada de ríos y montañas, en la que todavía alentaban, junto a sus ruinosas pirámides, los mayas, indios amigos del baño, de los símbolos mágicos y de cortar la cabeza a los blancos siempre que extremaban con ellos sus crueldades.

En 1524 apareció en México el segundo de los Ávila, un

hermano de Alonso llamado Gil González de Benavides. Este oscuro aventurero del Caribe —su vida es una hipótesis interminable— se unió a Cortés en la desastrosa expedición a las Hibueras, obtuvo, de vuelta a México, que Alonso le enviara desde Yucatán un poder “para que tuviese en sí y se sirviese del pueblo de Cuauhtitlán”,¹ y pronto llegó a figurar destacadamente entre los primeros encomenderos de la Nueva España.

Estaba casado con doña Leonor de Alvarado, de la cual tenía cinco hijos: Gil González de Benavides el primogénito, Alonso de Ávila, llamado así en honor de su tío, dos mujeres, María y Beatriz, y un niño cuyo nombre nos es desconocido.¹ Vivía en una casa magnífica contigua a la de su hermano, que ocupaba la esquina de la calle real de Ixtapalapa y de Tacuba, a una cuadra de la Universidad y a muy corta distancia de la Plaza Mayor; percibía una renta anual de más de veinte mil pesos, pues aparte del pueblo de Cuauhtitlán que usufructuaba por ausencia del hermano, tenía las encomiendas de Ixmiquilpan y Xaltocan en el Estado de México y las de Zirándaro y Guaymeo en el distrito de Pátzcuaro.

Los títulos de Gil González a sus numerosas encomiendas no están muy claros. Él era un típico manos-blancas que, sin participar en la conquista, había logrado obtener los más juiciosos repartimientos de la Colonia con gran dolor de los verdaderos conquistadores. Juan Suárez de Peralta, nuestro único guía en el laberinto de las genealogías indianas y que como buen criollo poseía una lengua afilada y gustaba de meter las narices en los orígenes de las fortunas coloniales, acusa a Gil González, en su *Tratado de las Indias*, de haberse quedado con los pueblos de su hermano, empleando fraudes y malas artes, de modo que Alonso murió en Yucatán “casi desesperado, y dicen que le maldijo y pidió a Dios fuese servido hacerle justicia, y que su hermano ni sus hijos gozasen de su hacienda, y así fué”.

Gracias a las indagaciones de Suárez de Peralta estamos en posibilidad de advertir que la súbita riqueza de Gil González, su encumbramiento, la vida y la posición de sus hijos, eran más bien aparentes, ya que los amenazaba la maldición de un moribundo, la cual habría de cumplirse tarde o tem-

prano con la voluntad de Dios y el auxilio del diablo encargado de realizar estos bajos, sucios e indispensables menesteres. Si bien el pícaro Gil González no tuvo la dicha de recibir íntegro el castigo que merecía su falta, al menos comenzó a pagar algo de la deuda, pues el último de su hijos, siendo todavía muy pequeño, se ahogó en unas letrinas. La innoble desaparición de este niño fué el primer trabajo realizado por el demonio en cumplimiento de la maldición del tío conquistador. El segundo, tal como lo presenta Suárez de Peralta, ofreció mayores dificultades —naturalmente se trataba de una mujer— y le llevó muchos años, pero es justo reconocer que lo realizó con una malevolencia y un dominio de los recursos dramáticos dignos de sus más ambiciosas y elaboradas empresas.

He aquí la historia. Gil González estaba muy orgulloso de una de sus hijas, llamada María, y pensaba casarla ventajosamente. La aristocrática criolla, al igual que las damas de su época, vivía en una clausura rigurosa. Entre aquella joven y la sensualidad del mundo exterior se interponían, no sólo el grueso muro, la espesa reja de las ventanas y la puerta claveteada, sino las dueñas, las azafatas y la mirada vigilante de la madre. Los recursos defensivos de una mansión colonial y la presencia de una madre, por sagaz que se la suponga, no bastan a conjurar un vaticinio que a despecho de cuidados y previsiones habría de cumplirse fatalmente. El diablo no estaba fuera, en la calle, ni en la iglesia, ni en el sarao, sino dentro de la misma casa, encarnado en la figura de un caballero, un criado llamado Arrutia, que para mayor afrenta no era siquiera un blanco sino un despreciable mestizo. Dejemos a Suárez la responsabilidad del obligado comentario. “Se enredaron en unos tiernos amores, metiendo cada uno prenda para perpetuarse en ellos, con notable despojo que se hizo al honor de sus padres, dándose palabra de casamiento”.

Algo de la verdad de este amor prohibido llegó a traslucirse, y, “para no acabar de derramar en el lugar su infamia”, Alonso y Gil —posiblemente ya el padre había muerto en aquella fecha— hicieron desaparecer al mestizo, embarcándolo rumbo a España.

Días más tarde, Alonso se acercó a la hermana llorosa, diciéndole: “Andad acá, hermana, al monasterio de las mon-

jas, que quiero, y nos conviene, que seáis monja (y habéislo de ser), donde seréis de mí y de todos vuestros parientes muy regalada y servida, y en esto no ha de haber réplica porque conviene”.

En el patio aguardaba una mula sostenida por un palafrenero. Alonso montó, ayudaron a subir a doña María en ancas, y cruzaron al paso las calles de la ciudad; el hidalgo, muy tieso en su guarnición de terciopelo, saludaba a los vecinos de alcurnia quitándose el sombrero, mientras la hermana dejaba correr sus lágrimas bajo el espeso velo que le cubría la cara.

Recluída en el convento, negábase María a profesar, con la esperanza de que volviera su amado, pero aun esta débil luz la apagó el duro viento que soplaba sobre ella, dejándola desnuda y sin defensa en manos de su destino. Los hermanos, valiéndose de un engaño, “fingieron cartas que era muerto y dijéronselo y luego hizo profesión y vivía una vida trisísima”. Pasados los años, “quince o veinte”, los necesarios, cuando la maldición del capitán Alonso de Ávila se había cumplido en todos los miembros de la familia —Alonso y Gil fueron decapitados por formar parte de la llamada conjuración del Marqués del Valle— el drama particular de la monja llegó puntual a su desenlace. El proscrito Arrutia —“quien bien ama tarde olvida o nunca”— se presentó en Veracruz y escribió una carta donde relataba “cómo era vivo y estaba en la tierra”. ¿Desmayos? Sí, la monja “cayó amortecida en el suelo”. ¿Lágrimas? También, y lamentaciones. “Luego empezó a llorar y a quejarse de que no podía gozar del que tanto quería.” ¿Locura? Triste es confesarlo: María terminó perdiendo el juicio. ¿Es el fin? No. Quien conozca el siglo xvi y un poco al diablo manejado por Suárez de Peralta, sabe que la historia deberá ostentar una rúbrica de fuego y asistir al espectáculo infernal de que la sobreviviente de una maldición colectiva e indiscriminada saliera a la huerta de su convento y se ahorcara de un árbol, para que con su cuerpo se perdiera su alma en medio de las risas y los cánticos de una muchedumbre de alegres, desenfrenados y victoriosos demonios.

Una vez que Suárez ha hecho morir al capitán Alonso de Ávila maldiciendo en su lecho de muerte al hermano Gil González de Benavides, una vez que ha abierto las puertas de la

condenación eterna a sor María de Alvarado y llenado el capítulo xxxiv del *Tratado* con todos los horrores que hemos intentado reproducir, atentos a la fidelidad de su espíritu, se apresura, conmovido y solemne, a componer el siguiente responso: "Este fin tuvieron todos los hijos de Gil González de Benavides, por cierto, lastimoso y digno que todos los que lo supieren rueguen a nuestro Señor por sus ánimas, y las tenga en su gloria."

UN COMENSAL PRIVILEGIADO

Antes de la llegada de Martín Cortés, Alonso de Ávila podía considerarse como el criollo más privilegiado de la Nueva España. Su posición se segundón no fué obstáculo para que a la muerte del padre heredara las encomiendas de Xaltocan, Cuauhtitlán, Zirándaro y Guaymeo mientras que el hermano mayor, contra las costumbres de la época, sólo alcanzó el triste pueblo de Ixmiquilpan. Alonso no se preocupaba demasiado por sus encomiendas. Un administrador cobraba regularmente los tributos, y un capixtle, especie de capataz, cumplía a conciencia el encargo de hacer trabajar a los indios. El rico encomendero —percibía una renta anual de veinticinco mil pesos— nunca visitó sus haciendas, a excepción de Cuauhtitlán, y eso por un corto período de tiempo. En realidad la ciudad reunía suficientes atractivos para que un joven criollo mostrara interés por el progreso de la agricultura y de la industria o la existencia de sus esclavos. Cada mes, en forma un poco misteriosa, llegaban a su mesa las buenas piezas de oro por que se vendían el maíz, las mantas, la cerámica y los animales del tributo, un tributo que Alonso percibía gracias a los trabajos, no del todo claros, realizados por un tío desconocido, cuyo nombre ostentaba.

Desde la casa de Alonso, situada en la aristocrática calle del Reloj y a unos cuantos pasos de la Universidad, era posible contemplar la Plaza Mayor, la fábrica de la Catedral y la elevada galería del Ayuntamiento.

Posiblemente de acuerdo con las costumbres del tiempo, se había casado antes de cumplir los veinte años con doña María de Sosa, hija del tesorero don Juan Alonso de Sosa y de doña Ana de Estrada, hija a su vez de don Alonso de

Estrada que había sido otro tesorero célebre de la Nueva España. Todas las hijas de los Estrada habían contraído ventajosos enlaces con los hombres más distinguidos de la Colonia, y uno de los hijos, fray Juan de la Magdalena, “tuvo la gloria” de traducir la *Escala espiritual* de San Juan Climaco, el primer libro impreso en el Nuevo Mundo.¹ Por añadidura, su esposa era sobrina de doña Juana de Sosa, mujer del almirante don Luis de Castilla, quizá el vecino más influyente y poderoso de la ciudad de México. Consejero de virreyes, funcionario público, este hombre, que había llegado a la tierra como un insignificante poblador, era al mismo tiempo un minero de fortuna. Sostenía en su casa, cercana a la de Alonso, una sala de armas, numerosos criados, una cuadra soberbia y un séquito de señor feudal. “Hasta los vasos serviles de cocina —afirma Dorantes de Carranza en la *Sumaria relación*— eran de plata, y dió más en esta vida a pobres e hidalgos que un rey muy liberal pudiera dar.”

Así, pues, por su ascendencia, sus riquezas y su mujer, Alonso de Ávila pertenecía a un consorcio de encomenderos, mineros y funcionarios públicos —él mismo desempeñaba el cargo de regidor del Ayuntamiento—, que no sólo daba su tono a la sociedad, sino que, con su participación en el gobierno, aseguraba a los criollos un lugar preponderante en la Colonia.

Los hijos de los conquistadores o de los primeros pobladores que tuvieron la fortuna de heredar importantes pueblos de indios, desconocían el tedio. Alonso organizaba con frecuencia comidas, cenas y costosos saraos. Ya no era la época del virrey don Antonio de Mendoza, en que las señoras se indisponían en los banquetes a causa de su glotonería y en que los hombres perseguían a las sirvientas indígenas blandiendo en la mano, sucia de grasa, un muslo de pavo a medio devorar. Los mayordomos no se veían tampoco obligados a vigilar a los comensales para que no se llevaran los objetos de plata, porque en cierto modo la fiesta era el ambiente natural del criollo, como lo fué para su padre la aventura internacional y la guerra. En la casa de los Ávila sonaban sin cesar los instrumentos musicales, la costosa vajilla se disponía diariamente a la luz de las velas perfumadas, y Alonso era capaz de improvisar versos de circunstancias o de requiebrar a las damas, convirtiendo su mesa en un torneo ingenioso y atrevido.

Las escenas realistas de la *Celestina*, el libro favorito del xvi, proyectan sus imágenes en el trasfondo de la vida, tiñéndola de colores y desenfados que la otra parte de la sociedad, la de los religiosos y la de los arrepentidos, trataba en vano de combatir con la pintura nada halagüeña del ruido de las cadenas y de los ayes con que las ánimas del purgatorio reclamaban el auxilio de los olvidadizos pecadores. La boca desdentada de la sabia trotaconventos, remendadora de virgos prematuramente estropeados, no se apartaba de la oreja de Alonso: "Goza de tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer o beber. Cuando pudieres haberlo no lo dexes. Piérdase lo que se perdiese." El consejo se seguía al pie de la letra. Alonso no tenía aficiones históricas —eso se quedaba para los criollos miserables—, no incurría en el pecado de componer cantos heroicos con fines interesados ni de preocuparse por salvar su alma de las llamas del infierno, ya que para un joven de veinticinco años había tiempo sobrado de entregarse al remordimiento.

En su afición a las mujeres y en otras cosas Alonso era llevado, con docilidad, de la mano de la alcahueta:

No hay cosa más perdida que el mur [ratón] que no sabe sino un horado. Si aquél le tapan no habrá de dónde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, ¡mira a cuántos peligros anda! Un alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela, mayormente en verano; un manjar solo continuo, presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sólo una ropa tiene presto la envejece. ¿Qué quieres, hijo, de este número uno? Más inconvenientes te diré de él que años tengo a cuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable y tal cual es éste: como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos sábanas en la cama, como dos camisas para remudar. Y si más quisieres, mejor te irá, que mientras más moros más ganancia; que honra sin provecho no es sino anillo en el dedo.

Los días festivos Alonso participaba en las carreras, los simulacros, los juegos de cañas o de sortijas. En las mañanas podía vérselo en el prado vecinal practicar ejercicios caballescros; después de comer jugaba a la pelota y en la tarde o después de la cena jugaba partidas de naipes y de dados, en las que apostaba grandes cantidades.² Las cacerías, uno de los deportes predilectos del caballero, las cabalgatas y los paseos, las visitas tardías a la encomienda, donde reinaba como un

verdadero señor de horca y cuchillo, las puntillosas exigencias de la etiqueta y el excesivo cuidado de su persona llenaban de un modo satisfactorio el espacio de los días.

No conocemos bien la figura del primogénito Gil González de Benavides, pero al lado de su hermano, este hombre retraído y recién viudo resultaba apenas una sombra. La presencia de Alonso se hacía sentir de una manera o de otra en la vida colonial. Él llevaba el estandarte real en el Paseo del Pendón; era el alegre espíritu que animaba los saraos y las fiestas; su rizado cabello, las finas guías de su bigote y su elegancia se llevaban los ojos de las damas. No había lugar que no llenara su gracia y su apostura.

ESCRUTINIO EN LA CASA DE ALONSO

A mediados del xvi la estancia más importante en la casa de un hidalgo era la sala de armas. Alonso poseía una celada, una cota con sus mangas y calzones, guantes, manoplas, dos coseletes de mallas, dos corazas y dos grevas, lo cual le permitía jugar a los torneos vestido de punta en blanco. Completaban el atavío del antiguo guerrero tres alabardas, dos partesanas, seis lanzas y numerosos escudos, entre adargas y rodelas. Frente a este conjunto vetusto de prendas metálicas las armas de fuego no guardaban ninguna relación, pues Alonso disponía sólo de dos arcabuces y de dos pistoletes "con todos sus recaudos".

Figuraban en su cuadra un hermoso caballo blanco, su favorito, cuya airosa figura recogió la crónica de Juan Suárez de Peralta, tres morcillos, un bayo labrado, una jaca, una yegua overa y una mula negra de poderosa alzada. Dos machos, uno pardo y otro negro, se uncían a la litera de raso colorado cada vez que su mujer salía de visitas o a la iglesia, pues todavía no se conocían los carruajes en 1565.

Las guarniciones y las sillas de terciopelo negro, morado y amarillo, tachonadas con clavos de oro, los sillones de cordobán, como se llamaba el adorno que cubría las ancas de los caballos, los pretales de cascabeles, los frenos de diversos estilos —estradiotes, a la brida y a la jineta—, los jaeces carmesíes y anaranjados, los cabezales de plata con campanillas y las gualdrapas representaban una verdadera fortuna.

El guardarropa del matrimonio Ávila revela ante todo ese amor a las telas y a los vestidos costosos que fué característico de la última Edad Media, así como un afán por sobresalir, que daba el tono a la vida caballeresca. Un recuento de las prendas de doña María de Sosa sacó a la luz de la indiscreción pública “un verdugado de raso con verdugos de terciopelo”, un vestido “colombino” adornado con pasamanerías de plata y otro color olivo. Además, unas sayas, un corpezuelo de brocado y otro de raso blanco y dos pares de mangas, uno de carmesí bordado de oro y aljófár y otro de raso morado guarnecido de plata. En conclusión, la señora poseía tres vestidos completos, unas faldas, dos mangas y dos sacos que con ayuda de cierta imaginación y una aguja diligente podían convertirse en dos nuevos vestidos. Completaban el escaso atavío de tan relevante dama un manto de damasco rojo bordado en plata, un capote de damasco morado con pasamanos del mismo metal y un solo, un triste sombrero de terciopelo, privado de todo adorno.

Al contrario de lo que ocurre en nuestros días, el guardarropa de los hombres era más brillante y rico que el de las mujeres. Contra el pobre sombrerito negro de doña María, Alonso, fuera de su rígido atavío guerrero, tenía seis sombreros de tafetán; al manto y al capotillo oponía tres magníficas capas de damasco, un capote de terciopelo bordado en oro y forrado de damasco pardo, un herreruelo de terciopelo azul y un capuz y tres capotillos de tela blanca con adornos blancos, de raso negro con pieles de tigrillo y pasamanerías de oro, y el último de raso negro forrado en felpa. Las cueras —especie de chaquetilla que se ponía sobre el jubón— eran ocho, de raso y terciopelo; las calzas, que se ajustaban a la piel como un guante a la mano y cubrían desde la cintura hasta los pies, haciendo resaltar la figura varonil de la pierna, eran también numerosas, y las había de terciopelo negro, de raso carmesí y oro, de raso blanco con espiguillas de plata; los jubones, como los trajes, ropas y ropetas, ostentaban pasamanerías, guarniciones y bordados de seda y metales preciosos.

La ropa interior femenina, con su frágil y suave tesoro o con su complicado y engañoso andamiaje que nuestra época exhibe sin recato en los escaparates de las tiendas más céntricas, apenas existía en el siglo xvi. El exhaustivo inventario

de que disponemos sobre el menaje de los Ávila ³ no menciona sino seis camisas de hombre y dos de mujer y ninguna otra prenda de carácter más íntimo y pecaminoso. Nuestra calidad de investigadores del pasado nos veda, no sólo extendernos sobre este aspecto de la vida, sino deducir los desagradables problemas que a la mujer de Alonso de Ávila debía ocasionarle el hecho de disponer únicamente de un par de camisas. Para mayor confusión, ignoramos si las telas de las dichas camisas eran de fina calidad y si llevaban los encajes, las cintas o los bordados que tan caras hacen hoy a nuestros ojos esas prendas.

Las joyas, en modo alguno extraordinarias, tenían por fin aumentar la riqueza del atuendo. Consistían en diez anillos de esmeraldas y brillantes, seis aretes de oro, cristal y perlas, dos collares con pomas de oro, perlas y pinturas religiosas, un cinto de oro del que colgaba un puñal, y nada menos que cuarenta y ocho cabos y puntas de oro y cristal como adorno de sus vestidos. El brillo exterior parece haber sido una ley que gobernaba la economía casera. Si nuestro inventario registra siete camas de terciopelo, de grana y de madera dorada, tapiceros y guadamecés, sillas de caderas, escritorios forrados de cuero y cordobán y numerosos objetos de plata, menciona cuatro sábanas de ruán, un cobertor de grana guarnecido de terciopelo carmesí, una única cama dispuesta con sábanas, almohadas y colchones; habla de cucharas, pero guarda silencio acerca de la existencia de tenedores o cuchillos. La servidumbre del opulento matrimonio se componía de dos criados españoles, dos pajes y siete esclavos negros. Un clérigo tenía a su cargo, en calidad de preceptor, la educación de sus hijos y posiblemente fungía de capellán en el oratorio privado de la familia.

Para esa primera generación de mexicanos, la vida, apoyada blandamente en la espalda de millares de esclavos desconocidos, era un festín interminable. Saber la lección antes de que la experiencia la hiciera entrar con sangre en el espíritu, fué la flor que le faltó a Alonso de Ávila y a la juventud criolla de la Nueva España. Las duras experiencias de sus padres no tenían, a los ojos de esos niños ingenuos y crueles, significado alguno, y cuando la tragedia los sorprendió hun-

didados en sus sueños feudales, con facilidad los destruyó, arrojándolos, indefensos y azorados, en la deshonra y en la muerte.

NOTAS

¹ Luis GONZÁLEZ OBREGÓN, *Los precursores de la Independencia mexicana en el siglo xvi*.

² El juego era una de las ocupaciones favoritas de la sociedad colonial. Los criollos, al menos, probaron ser buenos descendientes de los soldados que en una sola noche se jugaban con dados o naipes fabricados con la piel de los tambores el botín cobrado en Tenochtitlán. Las crónicas y los procesos hablan con frecuencia de hombres y mujeres entregados al juego. En las sátiras de Rosas de Oquendo podemos ver a las damas con las cartas en la mano, apostando crecidas sumas. Tan irresistible era la atracción del juego que Diego de Ocaña, un severo judío, escribano de Veracruz, obligó a su hijo, por solemne juramento, a no tocar los dados ni los naipes hasta cumplir cuarenta años; a esa edad podía jugar, pero no más de dos o tres reales diarios, y si así no lo cumplía —es ésta una cláusula de su testamento— caería sobre él “la maldición de Dios Todopoderoso” (*Publicaciones del Archivo General de la Nación*, vol. VII, 1923).

³ Figura en el proceso de Alonso, publicado por don Manuel Orozco y Berra en *La conjuración del Marqués del Valle*.